

Efraín Huerta

## Declaración de Amor

**Poema original:**

1

Ciudad que llevas dentro  
mi corazón, mi pena,  
la desgracia verdosa  
de los hombres del alba,  
mil voces descompuestas  
por el frío y el hambre.

Ciudad que lloras, mía,  
maternal, dolorosa,  
bella como camelia  
y triste como lágrima,  
mírame con tus ojos  
de tezontle y granito,  
caminar por tus calles  
como sombra o neblina.

Soy el llanto invisible  
de millares de hombres.  
Soy la ronca miseria,  
la gris melancolía,  
el fastidio hecho carne.  
Yo soy mi corazón  
desamparado y negro.

Ciudad, invernadero,  
gruta despedazada.

1

Bajo tu sombra, el viento del invierno  
es una lluvia triste, y los hombres, amor,  
son cuerpos gemidores, olas  
quebrándose a los pies de las mujeres  
en un largo momento de abandono

—como nardos pudriéndose.  
Es la hora del sueño, de los labios resecos,  
de los cabellos lacios y el vivir sin remedio.

Pero si el viento norte una mañana,  
una mañana larga, una selva,  
nos entregara el corazón deshecho  
del alba verdadera, ¿imaginas, ciudad,  
el dolor de las manos y el grito brusco, inmenso,  
de una tierra sin vida?  
Porque yo creo que el corazón del alba  
en un millón de flores,  
el correr de la sangre  
o tu cuerpo, ciudad, sin huesos ni miseria.

Los hombres que te odian no comprenden  
cómo eres pura, amplia,  
rojiza, cariñosa, ciudad mía;  
cómo te entregas, lenta,  
a los niños que ríen,  
a los hombres que aman claras hembras  
de sonrisa despierta y fresco pensamiento,  
a los pájaros que viven limpiamente  
en tus jardines como axilas,  
a los perros nocturnos  
cuyos ladridos son mares de fiebre,  
a los gatos, tigrillos por el día,  
serpientes en la noche,  
blandos peces al alba;  
cómo te das, mujer de mil abrazos,  
a nosotros, tus tímidos amantes:  
cuando te desnudamos, se diría  
que una cascada nace del silencio  
donde habitan la piel de los crepúsculos,  
las tibias lágrimas de los relojes,  
las monedas perdidas,  
los días menos pensados  
y las naranjas vírgenes.

Cuando llegas, rezumando delicia,  
calles recién lavadas  
y edificios—cristales,  
pensamos en la recia tristeza del subsuelo,  
en lo que tienen de agonía los lagos  
y los ríos,  
en los campos enfermos de amapolas,

en las montañas erizadas de espinas,  
en esas playas largas  
donde apenas la espuma  
es un pobre animal inofensivo,  
o en las costas de piedra  
tan cínicas y bravas como leonas;  
pensamos en el fondo del mar  
y en sus bosques de helechos,  
en la superficie del mar  
con barcos casi locos,  
en lo alto del mar  
con pájaros idiotas.

Yo pienso en mi mujer:  
en su sonrisa cuando duerme  
y una luz misteriosa la protege,  
en sus ojos curiosos cuando el día  
es un mármol redondo.  
Pienso en ella, ciudad,  
y en el futuro nuestro:  
en el hijo, en la espiga,  
o menos, en el grano de trigo  
que será también tuyo,  
porque es de tu sangre,  
de tus rumores,  
de tu ancho corazón de piedra y aire,  
de nuestros fríos o tibios,  
o quemantes y helados pensamientos,  
humildades y orgullo, mi ciudad.

Mi gran ciudad de México:  
el fondo de tu sexo es un criadero  
de claras fortalezas,  
tu invierno es un engaño  
de alfileres y leche,  
tus chimeneas enormes  
dedos llorando niebla,  
tus jardines axilas la única verdad,  
tus estaciones campos  
de toros acerados,  
tus calles cauces duros  
para pies varoniles,  
tus templos viejos frutos  
alimento de ancianas,  
tus horas como gritos  
de monstruos invisibles,

¡tus rincones con llanto  
son las marcas de odio y de saliva  
carcomiendo tu pecho de dulzura!